

PROVINCIALISMO, CUASIPLURALISMO Y GUERRA

KRSTAN MALEŠEVIĆ

TRADUCCIÓN DE JUAN ALMELA



¿Qué es, en sustancia, el tan difundido provincialismo, tan fatal para nuestra vida y porvenir? Hay que concentrarse ante todo, entre sus numerosas características, en su oposición a los cambios y su incompatibilidad esencial con la pluralización democrática de la sociedad, así como su "absoluta entrega a su propia cerrazón". Se diría que ésta es la característica más clara de esta actitud, así como la más peligrosa para la sociedad, pues expresa su índole agraria, preindustrial, es decir su obsesión absoluta con los territorios y la consanguinidad. Esto, sin embargo, se aparta de la mentalidad y multiplicidad cultural industriales y postindustriales, que señalan notablemente el término del siglo XX y el próximo advenimiento del XXI. Aparte del vínculo expreso con el territorio, poco significan para semejante sociedad otros recursos (por ejemplo el conocimiento) mucho más esenciales para una sociedad de clase media, particularmente postindustrial.

Otras muchas características del provincialismo no se ajustan a los méritos de una cultura plural, una democracia participativa (no parlamentaria), otra posible organización de la vida. *La razón principal reside en el hecho de que el provincialismo aspira a una uniformidad que debe impregnarlo todo. La pretensión de unidad absoluta se deriva inevitablemente de él como ideal supremo. Dentro de semejante ambiente colectivista provinciano, no cabe, por supuesto, un individuo, una personalidad, un ciudadano, con sus derechos naturales y adquiridos de ser como es en cuanto a actitudes, necesidades, espíritu y deseos. En consecuencia, el provincialismo tribalista carece de idea de la individualidad y es infinitamente brutal, infantil y encerrado en sí mismo.* Por otro lado, desde su estrechez mental, esta actitud pretende poseer soluciones definitivas, hechas y derechas, y "luchar por la verdad" en lugar de buscarla. En verdad, "lo pone todo en peligro salvo a sí misma". El provincialismo expresa una firme necesidad de seguridad y un sentimiento de incapacidad para cambiar nada. Este "espíritu de tribu" tiene miedo al mundo, o sea que lo que cae fuera de la provincia casi no existe para quienes la pueblan. En virtud de su "culto al aislamiento", este ánimo tiende a "la inmortalización de sí mismo, encerrado en la permanencia, del otro lado del tiempo".

De esta manera, "olvidado por la historia", el provincialismo resulta suelo fértil para sentir que lo otro, lo diferente, es una maldición, un mal separado del odio por un corto paso y de la violencia por otro más corto aún. La violencia potencial y real es resultado natural de esta uniformidad, aislamiento, nihilismo e irracionalismo del provincialismo al enfrentarse a la realidad. Aquí la violencia es, según Konstantinovič, una especie de espíritu maligno, un destino inevitable; es absolutamente irracional, es la consecuente revuelta de un ser. Aquí la barbarie es expresión del impulso primitivo del espíritu hacia la unidad tribal, y el único modo de "crear realidad". "Mientras menor es el sentimiento de realidad, mayor es la necesidad de violencia." Por añadidura, es esencial que un motivo para la violencia sea siempre resultado de voluntad social, no individual. Esto revela exactamente la entrega del espíritu, la devoción a la tribu y esta filosofía de círculo vicioso. Aún peor, el provincialismo "intenta convertir su destino en principio de privilegio eterno".

Todavía más debe preocuparnos la vigorización de algunos supuestos antropológicos, culturales y, particularmente, ideológicos, políticos y económico-sociales, que mantienen la reproducción del provincialismo en este tiempo de guerra. *Podría decirse, pues, que el provincialismo experimenta un renacimiento propio, gana "nuevas pruebas" de su superioridad en el absurdo de la guerra, o sea nuevas pruebas de su importancia primordial para la supervivencia visible de naciones enteras.* Al lado de la legalización formal del pluralismo político, es indiscutible que, igual que una pesadilla, el provincialismo oprime al recién concebido pluralismo de ideas, intereses, maneras de pensar, organización y actos públicos, así como al pluralismo —muy anterior pero apenas reconocido— en cuanto a culturas, religiones, sistemas de mérito, y competencia y tolerancia adecuadas en un ambiente múltiple.

Si bien hablamos de una sociedad —o más— claramente plural en todos los aspectos (nacional, confesional, cultural, regional, social y demás), *una cultura política única y un único sistema de mérito han imperado, y siguen imperando; es decir, el provincialismo domina la sociedad.* Corresponde a una nueva investigación averiguar cómo fue posible esto cuando gente y nacionalida-

des de culturas diferentes (o relativamente diferentes) han coexistido aquí juntas y mezcladas durante siglos, si bien hoy se ve claro que pueblos y culturas difícilmente se han conocido y, por tanto, poco se han respetado mutuamente en realidad. La última experiencia bélica confirma indudablemente esto.

Se diría que la metáfora de Krleža (uno de los máximos escritores croatas del siglo XX) acerca del "espíritu de proscritos" y la "ley del cuchillo", en los años setenta, se hubiese tornado literalmente verdad entre nosotros. *Vuelve a confirmarse aquí una de las tesis paradigmáticas de C. Lévi-Strauss: que la intolerancia es más intensa entre quienes se parecen que entre los que definitivamente difieren más.* Es inútil discutir las semejanzas (empezando por el lenguaje) entre los pueblos que aquí viven, particularmente entre los serbios y los croatas. Es una cuestión de envidia y de prestigio étnico-confesional, fundamento para la creación de numerosos prejuicios sociales —étnicos, religiosos, políticos y otros—, tanto respecto de uno como de los demás. Definitivamente, su participación en la incubación y el estallido de la guerra fue grande. *Los prejuicios sociales tradicionales han vuelto a mostrar su enorme efecto destructivo tanto sobre las vidas individuales como sobre la social, en especial por ser tan convenientes de usar en la honda manipulación de los más íntimos sentimientos humanos.*

Aquí el punto es, ante todo, la apreciación positiva acrítica de la gente propia (la más antigua, justa, democrática, sabia; la máxima víctima de los demás) y la satanización de los demás pueblos. *En nuestro caso esto atañe especialmente a prejuicios de serbios y croatas, mutuos y sobre ellos mismos. Los prejuicios sociales contra los croatas se resumen en las categorías de Ustasha, genocidio, simpatías hacia el Vaticano y Alemania, secesionismo, etc.; contra los serbios, las categorías de Chetnik, cultura*

bizantina (supuestamente inferior), hegemonía política y militar. En cuanto a prejuicios respecto a sí mismos, los croatas están convencidos de ser portadores de una cultura superior, una democracia muy desarrollada, una soberanía milenaria, en tanto que los serbios están convencidos de ser los más justos, víctimas de injusticias, de conspiraciones ajenas, ellos, tan entregados a la verdad y la justicia, etc. Los dos bandos glorifican a personalidades de sus historias, quienes bien sabidamente emplearon recursos deshonestos para adquirir el poder, para complacer a invasores y ocupantes extranjeros y así fortificar su trono. Cuando las actuales autoridades, en particular los medios de masas sometidos a su control, fomentan estos prejuicios y otros parecidos, los refuerzan y difunden objetivamente, magnificando su propia grandeza intachable y satanizando al bando opuesto. Así las cosas, el otro bando alcanza un grado elevado de homogeneización nacional y de identificación (negativa), así como una forma extrema de antipatía, incluso de enemistad apasionada hacia el otro lado. En condiciones de guerra, esto se prolonga y ahonda en la formas de la llamada limpieza étnica de los territorios, testimonio más que evidente de la neofascistización de las comarcas y comunidades de la anterior Yugoslavia. *La homogeneización territorial sólo puede ser alcanzada, según Eric Hobsbaum, por bárbaros o, cuando menos, por procedimientos bárbaros.* Esto es aún más aplicable al territorio, tan étnicamente mezclado, de la ex Yugoslavia.

Todo esto es, en gran medida, manifestación del imperio del provincialismo, que estas prácticas establecen todavía más. Indudablemente esto frenará el proceso, ya largo de por sí, de transformación espiritual, cultural y social, hacia un modo de pensar y vivir que alcance en lo posible el nivel de los "genuinos tiempos históricos".